



Los sobrevivientes, hijos de Vich, que a la vuelta de la Peregrinación obrera a Roma, el año 1894, embarcaron en el vapor *Bellver*, y corrieron un espantoso temporal que duró más de dos días y les puso en inminente peligro de naufragar, han celebrado las «Bodas de Plata» de tan portentosa salvación, con una solemnisima función religiosa en la iglesia de Nuestra Señora de la Merced, de la expresada ciudad. He aquí los nombres de los peregrinos que han costeado la fiesta y que aparecen en la adjunta fotografía: Sentados: doña Rosa Casadevall, Rdo. D. Francisco de Rocafiguera, Rdo P. Pío de Igualada, O. M. C.; doña Dolores Genís de Bassols y doña Anita Crexans. De pie: D. Mariano de Rocafiguera, D. Joaquín Crexans, D. Joaquín Puigserinanel, D. Ramón Espona, D. Cayetano Texidor y D. Antonio Puigdollers.

Cuando la señora subió al coche, dió al cochero la orden:

— ¡Calle Palestro, número 21, y a prisa!

— ¡Qué! ¿Mi hija?... ¿Qué sucede, que vienes tan triste y abatida?

— ¡Ah, madre mía, si supieras!

Y, colgándose del cuello de su madre, narró entre sollozos la desventura que la afligía.

— ¡El, Alfredo! — exclamó la señora Beatriz con doloroso estupor.

— ¡Ay, madre mía, acaso ya a estas horas no exista!

— Calma, hija, valor; tengo fe en que podremos salvarle... Iré contigo... ¡Marieta!

— ¡Señora!

— Oye, Marieta: salgo con mi hija. Si cuando regrese mi marido aun no he vuelto, le dirás que vaya a buscarme a casa de Emilia... Y ahora, soy contigo, hija... Animo... No se llora así cuando aun no hay certeza de una desgracia.

Madre e hija salieron en coche, y en menos de veinte minutos llegaron al bufete de Foschini, en el Corso.

La señora Emilia tocó: abrióse la puerta, y... ¡cuál sería su estupor, su gozo, al verse ante su marido!

Dió un fuerte grito y le echó los brazos al cuello, cubriéndolo de besos.

— ¡Alfredo, Alfredo mío, eres tú! ¡Ah! bien sabía que aun me amas, bien sabías que tu muerte hubiera sido causa de la mía, porque yo no hubiera podido sobrevivir a semejante desgracia... ¡Alfredo mío, si supieras cuánto he sufrido desde aquella carta fatal!... Sí, sí, lo arreglaremos todo, ¿no es cierto? Venderé mis joyas, el te-

rreno de Albano y se pagará tu deuda. ¿Por qué me miras así, sin hablar? ¡Oh! ahora estás en mi poder y no te dejaré escapar...

Mientras Emilia hablaba de este modo, Alfredo paseaba la mirada, que era una muda pero elocuente interrogación, de su mujer a su suegra.

— Pero, ¿puede saberse qué ha pasado? — preguntó al fin, impaciente, — nada entiendo.

— ¡Desgraciado! — dijo la suegra — ¡y por poco matas a mi hija!

— ¿Yo?

— Y pensar que siempre te sacaba como modelo de maridos. Buen modelo por cierto.

— Por segunda vez, ¿qué demonio sucede? ¿Estáis locas ambas y queréis volverme también loco?

— ¿Has olvidado, pues, la carta? — le preguntó la esposa.

— ¿Carta?

— Dios mío, aquella en que me participabas haber perdido veinticinco mil liras bajo palabra, y que ibas a matarte...

— Yo jamás he pensado en jugar, ni mucho menos en suicidarme. ¡Se vive tan bien cuando se tiene la fortuna de poseer un ángel como tú!... ¡Ah! ya entiendo — exclamó Foschini dándose una palmada en la frente.

— ¿Te ríes?

— ¡Por mi nombre! Si has tomado por una carta mía una... cuartilla de mi cuento...

— ¿Una cuartilla de tu cuento?

— Sí, la cuartilla número 9, que estuve a punto de ir a buscar... ¿Dónde está? Dámela pronto, que el periódico va a entrar ya en prensa.

PASCUAL MARTIRE.